

# Roco y sus hermanas

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Matías Trillo

loqueleo

## UN SUPERCHICO

Me llamo Roco. Tengo una hermana pequeña, Dulce, y una más grande, Lucía Fernanda, a la que le decimos Lucifer. También tengo abuelos, una madre exagerada, un padre sin trabajo, y un tío: Otilio.

Dicen que no bien nació, mi tío Otilio me alzó y les dijo a mis padres:

—Es un bebé excepcional. Se parece a mí. Me voy a encargar personalmente de su educación, será un superchico, haré que se destaque en todo.

Apenas cumplí tres años, Otilio decidió enseñarme idiomas. Compró diccionarios y me hizo memorizar palabras en ruso, alemán y japonés. Mi vocabulario se volvió un poco confuso y a partir de entonces nadie entendía si yo quería hacer pis, ir a la plaza o comprar golosinas.

A los siete, el tío se las arregló para hacerme participar en un torneo de boxeo para mayores de

doce años. “Con esto Roco se volverá fuerte, sano y valiente”, aseguró. Además tendría la suerte de debutar peleando contra el campeón del año anterior.

La pelea no duró casi nada, y no pude protestar debido a que mi labio inferior tenía el tamaño de un zapallo. Intenté renunciar al boxeo por escrito, pero ya no recordaba palabras en ruso, alemán, japonés, español, ni nada. De todas formas no hacía falta porque mi tío ahora ya estaba entusiasmado con otro plan: ¡yo sería escritor!

Estimulándome con chocolates consiguió que yo escribiera un libro titulado *Anécdotas y comentarios sobre mi largo viaje por Egipto*.

Recuerdo dos opiniones sobre mi obra. La de un vecino: “Tal vez tendrías que haber viajado a Egipto antes de escribirlo, querido”; y la de mi hermana Lucifer: “¡Egipto no queda en Brasil, descerebrado!”.

—Creo que me equivoqué, Roquito —reflexionó el tío—. ¡Tu futuro está en el fútbol!

Ese mismo día armó el equipo infantil del barrio. Me designó “delantero estrella del equipo”, y a los demás chicos les dio la orden de que me dirigieran todos los pases.

Debo decir que yo era un poco torpe para ese deporte. Si intentaba patear la pelota, mi pie

reventaba contra un tobillo rival. Si la idea era cabecear, mi frente se estrellaba contra el arco. Cierta vez, incluso, anduve toda una tarde con algo adherido a mi calzado y cuando llegué a casa descubrí que era una oreja. Tampoco faltaron las ocasiones en que, confundido, cometí una falta contra el árbitro o festejé un gol de los contrarios.

Así y todo jamás fui suplente del equipo mientras su dueño fue mi tío. El día que Otilio se aburrió del asunto todo cambió: los chicos no me llamaron más para jugar. Ni siquiera me querían para que les alcanzara la pelota cuando se iba lejos.

Sin embargo, para mi sorpresa, un día vinieron a buscarme. Nuestro equipo debía enfren-  
tar al barrio “El chorizo” y se habían enfermado un delantero, los cuatro suplentes y todos los chicos del barrio que podían ocupar ese lugar.

Hacía cuarenta años que el barrio “El chorizo” le ganaba al nuestro. Mi abuelo, mi padre y mi tío eran tristes y apocados debido a esa horrible humillación que los había marcado desde la infancia.

“Los chorizos” eran chicos gordos y fornidos, ya que sus padres, trabajadores del frigorífico, los alimentaban con toneladas de carne. Nosotros, en cambio, éramos delgados y débiles, porque la

fábrica de flores de plástico en la que trabajaban nuestros padres había quebrado. Nuestras casas estaban adornadas hasta la saturación con flores de plástico. Hasta nuestras bicicletas tenían flores de plástico entre los rayos de las ruedas. Pero nuestros músculos eran débiles.

De modo que desde el comienzo, el partido fue así: ellos atacaban y nosotros soportábamos terribles pelotazos metidos en nuestro arco.

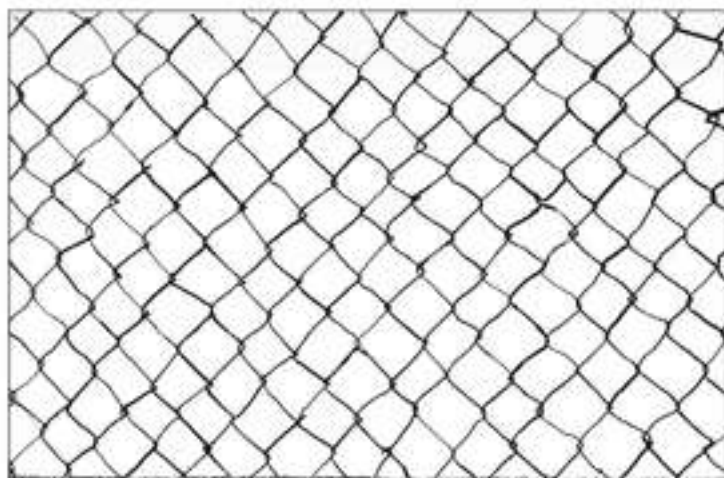
El partido ya terminaba y yo casi no había tocado la pelota, salvo en dos oportunidades en las que pegó en mi espalda y en mi nuca por estar mirando para otro lado.

—¡Nos salvamos de dos goles gracias a Roco! —gritó nuestro capitán, señalándome—. ¿Vieron, bobos? ¡Ustedes decían que era mejor jugar con diez!

Hinché el pecho y sentí en mi corazón el fuego sagrado de los grandes héroes.

Cuando estaba por terminar el partido tuvimos el primer córner para nosotros. Mi abuelo, que era el referí, me dijo:

—¡A cabecear, Roquito, que después del córner lo termino, aunque falten dos minutos!



Así termina en empate. ¡Nunca logramos empatar! ¡Siempre perdimos!

Fui. Vi que la pelota venía en el aire y con los ojos cerrados corrí hacia ella. Hacia el mismo objetivo fueron también todos “los chorizos” y mis compañeros.

Varias cabezas chocaron, cuatro jugadores cayeron al suelo y los demás los pisoteamos y en medio del lío sentí que algo muy duro estallaba contra mi oreja derecha. Cuando desperté, mis compañeros me llevaban en andas y gritaban “Gool”. Mi abuelo como atacado de locura saltaba sobre su reloj pisoteándolo, mientras gritaba: “¡Se terminó el tiempo, se terminó el tiempo!”.

Así me gané para siempre el respeto de los chicos y de las personalidades del barrio. Mi abuelo le contó a todo el mundo aquel maravilloso momento del cabezazo, tal vez exagerando algunos detalles. Mi papá quería ofrecermelo en venta a un club español.

Desde entonces, cada vez que pasaba por la heladería, el dueño me gritaba: “¡Grande, Roco!”. Y el quiosquero solía regalarme golosinas sólo para que yo volviera a contar cómo había sido el gol. Sin duda, ése fue el segundo momento más glorioso de mi infancia. El primero fue cuando con mis hermanas ganamos el concurso “Cuento de Navidad”...

## CUENTO DE NAVIDAD

Hacía años que mis hermanas y yo soñábamos con tener una computadora y un día, por fin, se nos presentó la oportunidad:

—¡Bolígrafos Toto organiza un concurso de cuentos de Navidad! —entró gritando Lucifer—. ¡El premio es una computadora!

No fue fácil ponernos de acuerdo sobre el argumento, aunque coincidíamos en que los cuentos de Navidad deben mostrar una historia que inspire amor, esperanza y comprensión entre los seres humanos.

Lucifer propuso que el cuento tratara sobre los habitantes de un pueblito que, en vísperas de Navidad, se agarraban a palazos, morían todos y luego en el cielo reconocían sus errores y se amigaban.

—El firme sentimiento de amistad entre ellos perdura aún en el infierno —recuerdo que



dijo Luci muy seria—, mientras sufren juntos toda clase de castigos.

Dulce no habló demasiado —hacía poco que hablaba, porque ella comenzó a hacerlo recién a los cinco años—, por lo que se limitó a apuntar que en la historia tenía que haber una flor mágica y un bolígrafo Toto. A mí me parecían ideas bobas pero la verdad era que yo no tenía ninguna mejor.

Dulce y Lucifer rápidamente se pusieron de acuerdo en algo: puesto que de mi cerebro no salía nada útil, debía ser yo quien escribiera, combinando las dos ideas.

De modo que un día, cuando quedaron agotados todos los pretextos para no hacerlo, puse manos a la obra. El cuento decía más o menos así:

### *El deseo del viejecito*

*Cierta vez los habitantes de un pueblo muy pobre se asombraron al ver que en la plaza central había nacido una increíble flor multicolor.*

*Al día siguiente una profesora anunció a gritos: “¡Es una flor mágica! La vi en un libro*

